

El olvido del «Persiles»

Si la bibliografía sobre Cervantes es extensísima, aunque muchas veces no equivalentemente intensa, la existente sobre el *Persiles*, en concreto, no es ni una cosa ni otra, al menos en la medida que esta obra se merece. Esta novela, que para la problemática cervantina posee una importancia superior a la de cualquier otra obra suya dramática o prosística —con la patente excepción del *Quijote*—, ha dormitado en la misma incuria que *La Galatea*, su otra cenicienta, lo hizo muchos años. Por fortuna, el libro que López Estrada dedicó a esta última y la edición de Avalle-Arce vinieron a paliar en mucho tal olvido. También la historia de la novela pastoril que escribió este último remedió un grave mal respecto a este libro, pues no era posible comprenderlo sin situarlo en el contexto histórico de su género.

Tal ha ocurrido así con el *Persiles*, sobre el que no se ha escrito una sola monografía que lo abarque, como tampoco se ha hecho una edición moderna que acreciente la de Schevill y Bonilla de 1914. Y ni que decir tiene que también está por escribir una historia de la novela bizantina en España. Para agravar el mal, no existe una sola bibliografía donde se recoja todo lo hecho sobre nuestra novela.

Todo lo que se dice hoy sobre el *Persiles* descansa casi únicamente en los trabajos publicados por Schevill desde 1906 a 1908 —y ello no siempre directamente, a causa de la rareza de una de estas publicaciones—, así como en el prólogo de él y Bo-

nilla a la edición de la novela. Los trabajos de Schevill, que él cobijó bajo el título general de "Studies in Cervantes", se centraron: el primero, sobre el *Persiles* en la crítica literaria, junto con algunos problemas introductorios; el segundo, sobre la influencia de Heliodoro; y el tercero, sobre la de la *Eneida* (1). En el primer trabajo, después de mencionar ediciones y traducciones del *Persiles* de los siglos XVIII y XIX —junto con opiniones emitidas sobre la novela en esos siglos—, Schevill se detiene extensamente en corregir las opiniones de Ticknor, escrutinio que a todas luces no merecía el benemérito investigador. Pasa luego a señalar las influencias de tres subgéneros novelísticos en el *Persiles*: las de la novela de aventuras, amorosa y realista, indicando algo de valor: la probable influencia de *El peregrino en su patria* de Lope, cosa que después no se ha tenido en cuenta. Este trabajo, que es un arsenal de datos, y por ello valioso, podría completarse con juicios críticos del XVII, ponerse al día con los del XX, mejorarse con una podà a fondo y articularse orgánicamente.

El segundo trabajo carece de estos defectos y es completísimo en su género. Después de una demorada introducción sobre la importancia de Heliodoro, el cervantista americano hace una presentación del argumento de la *Historia etiópica*, al que sigue el del *Persiles*; el trabajo posee un largo apéndice de pasajes de Heliodoro y Cervantes que son parecidos, aunque Schevill, que señala con acierto en el cuerpo de su trabajo la extensa deuda cervantina, concluye que en cuanto a semejanzas de detalles en ni un solo caso sigue Cervantes las líneas exactas del modelo. Es trabajo imprescindible, y prácticamente inmejorable, para quien se quiera informar sobre este punto.

El último trabajo, en fin, participa de las positivas cualidades del anterior. Después de detenerse en la penetración de la *Eneida* en la literatura anterior a Cervantes, pasa a éste y su *Persiles*, en el que Virgilio asoma especialmente en dos ocasiones: en la no-

(1) Rudolph Schevill, "Studies in Cervantes. I. Introduction. I. *Persiles y Sigismunda*", *MPh* IV (1906), 1-24. "Studies in Cervantes. II. The question of Heliodorus. I. *Persiles y Sigismunda*", *MPh* IV (1907), 677-704. "Studies in Cervantes... *Persiles y Sigismunda*. III", *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* XIII (1908), 475-548.

vela amorosa que tiene lugar en la isla de Policarpo y en los juegos atléticos de esta isla y la de los pescadores. Schevill anota otros paralelismos que, aunque no implican necesariamente deuda con Virgilio, podrían ser reminiscencias. Varios apéndices avaloran considerablemente este trabajo; son sus títulos los siguientes: Las dos versiones de la historia de Dido, Las comedias de Lope de Vega, Algunas reminiscencias de Virgilio en *Don Quijote*, Los juegos en la novela pastoril, Los juegos virgilianos en el *Persiles*, La carrera de barcas y La maquinaria de aventuras en la *Encida* y el *Persiles*.

Sobre el prólogo a la edición de esta obra que Schevill hizo con Bonilla hay que hacer constar que es el estudio más popularizado de cuantos versan sobre ella. En él tratan, en la módica cantidad de 41 páginas, de la fecha de redacción de la novela, los conocimientos geográficos de Cervantes, las fuentes, la influencia del *Persiles*, sus elementos autobiográficos y su relación con *La Galatea*. Este prólogo ha prestado el inapreciable servicio de ser el solo estudio donde se recogen tales problemas tratando de solucionarlos, pero al mismo tiempo ha resultado involuntariamente catastrófico por cuanto que se ha repetido cuantiosamente lo dicho en él sin poner en tela de juicio sus asertos ni rellenar sus insuficiencias.

Sobre la fecha de redacción de la novela, que los editores fijaban —y con ellos casi toda la crítica— después de 1609, se presenta la excepción de Singleton (2), para quien la novela se escribió en los decenios de 1560 (!), 70 y 80. Singleton se fundamenta en lo siguiente para basar su tesis: la mención que hace Cervantes de *La Jerusalén libertada* de Tasso (3) no comporta que se escribiera ese pasaje después de 1581 (fecha del libro de Tasso), ya que ese poema estaba escrito en 1574 y fue objeto de discusión y debate años antes de su publicación. Singleton cree,

(2) Max Singleton, "El misterio del *Persiles*", *Realidad. Revista de ideas* II (1947), 237-53; en inglés puede verse incluido, con desafortunado criterio, en M. Benardete y A. Florez, *Cervantes Across the Centuries* (New York, 1947).

(3) IV, 243. Cuando citamos el *Persiles* lo hacemos por la ed. de Schevill y Bonilla (Madrid, 1914), dando en número romano el libro y en arábigo la página.

pues, que el anuncio que el novelista hace del poema italiano en efecto lo es. Aparte de que este pasaje es una evidente *vaticinatio post eventum*, Singleton deja a un lado un hecho importantísimo, y es que en ese mismo pasaje se habla de Francisco López de Zárate como el autor de *La invención de la Cruz*; bien sabido es que Zárate nacería, y así consta en Nicolás Antonio, hacia 1585.

Su segundo argumento se refiere a la alusión que hace Cervantes a Madrid, “donde estaba recién venida la corte del gran Felipe tercero” (III, 69), lo que acaeció en 1606. Para Singleton, con todo, en el original no existía la palabra “tercero”, que fue contribución del impresor. Este argumento, como no lo es, es irrefutable.

Sus otras razones son más serias: una se refiere a la profecía que hace un personaje acerca de la expulsión de los moriscos, donde Cervantes “no hace referencia alguna a la expulsión misma”; por tanto no es dable presumir con esta base que el *Persiles* se escribiera después de 1609, año en que se les expulsó. La otra niega, aunque apenas sin alegar motivos, que Cervantes manejara los *Comentarios* del Inca, publicados ese año también. A estos dos razonamientos, Singleton agrega un tercero, también de valor: todas las fuentes que se han señalado en el *Persiles* datan de mediados del XVI. El resto de sus razones —como el afirmar que Cervantes simula estar escribiendo el *Persiles* teniéndolo ya escrito muchos años antes o la publicación de esta novela para dejar los derechos de autor a su mujer— son del todo incongruentes y ni siquiera debe intentarse rebatirlas (4).

(4) En un trabajo próximo mantengo la tesis de que el *Persiles* se compuso de varias sentadas a lo largo de unos cuantos años. Las razones en que me apoyo, prescindiendo de matizaciones, son las siguientes: en primer lugar, no existen razones en contra para fecharlo tardíamente, pues, como dice Singleton, Cervantes no usó los *Comentarios* del Inca. Por otra parte, existen diferencias entre los dos primeros y los dos últimos libros que, por ser tan hondas, deben de comportar dos períodos de gestación; estas diferencias son las siguientes: la influencia de Heliodoro y Virgilio se halla sólo en la primera parte, así como el abuso de lo erudito y de las fuentes; los personajes simbólicos desaparecen con esa parte; la segunda posee concordancias con obras como *La española inglesa*, que es tardía, mientras que la primera las tiene con otras tempranas como *La*

En cuanto a los conocimientos geográficos de Cervantes, se ha venido repitiendo con runruneante insistencia que son superficiales y vagos, así como que la geografía de la novela es “irreal y fantástica”. Algo han investigado este aspecto, por fortuna, el extranjero Larsen y el español Beltrán y Rózpide. La conclusión es que ni es irreal ni fantástica, ni superficiales los conocimientos de Cervantes; erróneos sí, como lo eran los de los cosmógrafos del tiempo.

El trabajo de Larsen, que es muy desigual y confuso, apunta el relato de los Zeni como fuente de Cervantes, después de lo cual menciona a Tolomeo traducido al latín y las cartas del finés Claudio Clavo, aunque sin indicar su carácter de fuentes. Tanto la *Historia* como la *Carta* de Olao Magno afirman su presencia en el *Persiles* en donde se habla del pez barnaclas (lo que no demuestra Larsen), los hombres lobos (lo que tampoco hace) y el *phisiter*. Para Larsen no cabe duda de que De Veer, o quizá una de sus refundiciones, influyó en nuestra novela en los pasajes en que la nave queda aprisionada por los hielos, el abandono del barco, la recepción de los lituanos y su manera de transportar mercancías. Que yo sepa, ningún cervantista se ha preocupado

Galatea y El amante liberal; el tiempo novelístico, contra lo generalmente admitido, no es caótico, sino muy congruente, sólo que cada parte posee su propia armonía cronológica; la técnica narrativa es muy distinta entre ambas partes; la influencia de *El peregrino* de Lope se halla sólo en la segunda; muchos olvidos y errores, en número no menor de cincuenta, indican, entre otras cosas, diferentes épocas de composición, etc. Mi tesis, en resumen, es que hay partes escritas en los últimos meses de vida del escritor, partes antes del *Quijote* I y partes hechas después de éste, aunque, por supuesto, todas escritas en sucesión. No veo otra forma de armonizar los muchísimos misterios de este libro ni las contradicciones de los críticos. Debo agregar que no estoy solo en mantener este criterio, pues encuentro la siguiente afirmación, nunca tenida en cuenta, en una nota publicada por V. Tarkianen hace años: “Ce roman d’aventure publié en 1617 nous paraît être le resultat d’un travail littéraire exécuté à deux reprises. La première partie date d’un période antérieure à *Don Quijote*, c’est-à-dire d’environ 1599-1603; la seconde, commencée peut-être déjà en 1612, n’a été achevée qu’en 1615-1616, juste avant la mort de l’auteur”, aunque no da razones para sostener este importante juicio (“Quelques observations sur le roman “Persiles y Sigismunda” de Miguel de Cervantes”, *Neuphilologische Mitteilungen* XXII [1921], 41-4).

hasta ahora de comprobar esta afirmación, que no ha pasado a los que después han escrito del *Persiles* (5).

Los trabajos de Beltrán y Rózpide se ciñen más al tema. El primero es meramente un esbozo del siguiente; puédesse por ello prescindir de uno u otro, aunque recomendamos la lectura del segundo, por más completo. Beltrán, después de incurrir en la evidente exageración de que Cervantes era hombre de “gran erudición geográfica”, divide su trabajo en los siguientes apartados, que ilustra con citas del *Persiles*: 1.º Dinamarca, mares del SO. de la Escandinavia y la Noruega; 2.º Noruega y la Groelandia; 3.º Irlanda, Inglaterra, Escocia y Shetland; 4.º Noruega, Dania y Lituania; 5.º Noruega y los lituanios y polacos; 6.º Islas de las Ermitas y del Fuego; 7.º Islandia, Frislandia y Groenlandia. En su primer trabajo se halla un párrafo que resume todo: los lugares cervantinos “son el mar del Norte con partes del Océano Atlántico septentrional y del Océano glacial ártico, y las islas de estos mares, entre las costas de Dinamarca, Suecia y Noruega por un lado, y las tierras insulares próximas a la América por el otro, quedando en el centro al N. la Groenlandia y al S. las tierras más septentrionales del Archipiélago británico” (6).

En general, las páginas de Larsen y Beltrán, así como lo de Schevill y Bonilla en su edición, son harto confusas e inconvenientes para quien no tenga acceso a las fuentes que se han indicado. Sobre la geografía del *Persiles* se necesita, a más de muchas precisiones, una exposición clarificadora.

El resto de las fuentes de que se sirvió Cervantes es asunto

(5) Carlos Larsen, “Ideas de Cervantes acerca de los países septentrionales”, *La España Moderna* CCVII (marzo 1906), 21-46. La traducción del danés la hizo Unamuno, quien, aparte de hablar con disgusto del *Persiles* (muy al contrario que Azorín), se queja del esfuerzo demandado por la traducción. Larsen había publicado antes su trabajo en alemán, sin embargo, con el título de “Cervantes’ Vórstellungen vom Norden”, *Studien zur vergleichenden Literaturgeschichte* V (1905), 273-96.

(6) R. Beltrán y Rózpide, “La Geografía del Noroeste de Europa, según Cervantes”, *Revista de Geografía Colonial y Mercantil* XIII (1916), 129-32. “La pericia geográfica de Cervantes demostrada en la *Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda*”, *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* LXIV (1923-24), 270-93; en este último, reproduce Beltrán un mapa de la relación de los Zeno (ed. 1558) y otro de Blaeu (1605).

misteriosísimo. Alguien ha dicho, reflejando quizá una actitud subconsciente general, que “queda ya poco por espigar en ese sentido”. Nada más erróneo ni más demostrador de una lectura epidérmica del prólogo y las notas de Schevill y Bonilla. En primer lugar, indiquemos que desde 1914 nada se ha hecho en este sentido, con dos excepciones.

Una es la de Roberto J. Palomo, que estudió la influencia del *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso. Palomo no excluye la posibilidad de que Cervantes hubiese conocido directamente la novela de Tacio en su forma completa, bien en la traducción castellana de Diego de Agreda (lo que es imposible porque, entre otras razones, se publicó en 1617), bien en la italiana de Coccio. Palomo fundamenta sus afirmaciones en los siguientes puntos: semejanzas onomásticas; la nobleza de Persiles y Clareo; la fingida hermandad de los protagonistas; la artimaña de disfrazarse los héroes con los trajes de sus amantes; tanto Clareo como Persiles están depurados moralmente; el Menelao de Reinoso tiene parecidos con el Arnaldo de Cervantes; Sigismunda parece representar una fusión de Florisea e Isea; Soldino tiene su equivalente en Rasimundo; la academia de los Entronados de Milán es reminiscencia de la de Reinoso en la *Ínsula de la Vida*; y algún otro. Aunque en buena ley habría que reproducir en su integridad los juicios de Palomo, no me parece que Reinoso influya en Cervantes a la vista de sus testimonios, pues aparte de que algunos de ellos se hallan ya en Heliodoro, otros son acarreos de la tradición literaria. La pretensión, sobre todo, de que “a veces la influencia de Reinoso llega hasta en el empleo de idénticas frases en circunstancias semejantes” me parece un error. También lo es sin duda el afirmar la influencia de Reinoso en la división que de su obra hace Cervantes: una parte bizantina con elementos bucólicos y caballerescos, y otra con elementos realistas y aventuras caballerescas. Esta escisión, que es sin duda de lo más misterioso del *Persiles*, no puede deberse a una cosa tan nimia como una fuente.

El otro trabajo sobre éstas lo hizo María Rosa Lida. Según esta investigadora, el episodio de Ruperta y Croriano procede de uno del *Esplandián*: aquél en que Carmela halla dormido a Esplandián y se acerca para matarle; al ver su hermosura, se ena-

mora de él y desiste de su propósito. Otros detalles de este episodio provienen de otros sitios: la caja en que Ruperta transporta la cabeza de su marido, de la tradición artúrica; la linterna que deja caer sobre el pecho del durmiente, del *Partinuplés* (7).

Ahora bien, sobre las fuentes está todo prácticamente por hacer. Las de Francisco Tamara, Solino, Pero Mejía y otros están sin probar con contundencia. Sin precisar, las de Zenó, Olao Magno y Torquemada. La de Plinio, si la hay, no es desde luego a través de la traducción de Huerta. Por lo que toca a los historiadores de Indias, su presencia no está ni mucho menos demostrada; la del Inca Garcilaso es, por lo demás, inadmisiblemente juzgar por las razones ofrecidas. Las similitudes indicadas entre el *Amadís* y *La Diana* de Gil Polo son más que insuficientes, sobre vagas y oscuras. El largo pasaje sobre los animales que se crían en Inglaterra, la manía lupina y el *lupo mannaro* (I, 116) muestra bien la confusión existente a este respecto; no es verosímil que Cervantes redactara ese párrafo después de consultar varios libros.

Apuntadas de paso en libros posteriores a la edición de Bonilla y Schevill, se hallan algunas notas que pueden tener interés para quien decida dedicarse a este aspecto. Américo Castro dice proceder de Erasmo, y no de Terencio, la alusión a Ceres, Baco y Venus que hace Cervantes en I, 32. El mismo erudito afirma que uno de los episodios de la historia de Ortel Banedre y la Luisa procede de la patraña VIII del *Patrañuelo* de Timoneda; bien es verdad que Castro no convence sobre este punto (8). Por otra parte, la figura cervantina de Zenobia la compara Astrana (*Vida*, V, 147) al Próspero de *La Tempestad* de Shakespeare; para él, ambos escritores han debido de tener una fuente común, aunque

(7) Véase de Palomo "Una fuente española del *Persiles*", *HR* VI (1938), 57-68; de M. R. Lida, "Dos huellas del *Esplandián* en el *Quijote* y el *Persiles*", *RPh* IX (1955), 156-62. Existe un tercer trabajo sobre fuentes, que es el de Leif Sletsjõe sobre "Cervantes, Torquemada y Olao Magno", *Anales Cervantinos* VII (1959-60), 139-50; en realidad, no es sino una ampliación de la nota de Schevill y Bonilla al pasaje de Cervantes donde éste describe el modo de patinar de los nórdicos (II, 297).

(8) *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925), págs. 283 y 380 n., respectivamente.

tampoco ello nos convence. Sobre la influencia de Huarte de San Juan es conveniente ver, por su originalidad y no por su fuerza probatoria, el capítulo sobre "El origen de un simbolismo dramático en *Persiles y Sigismunda*" del libro de R. Salillas *Un gran inspirador de Cervantes. El doctor Juan Huarte y su "Examen de ingenios"* (Madrid, 1905), donde trata de demostrar que Cervantes se propuso llevar al terreno literario una teoría psico-fisiológica de Huarte. Su afirmación de la página 157 sobre otra influencia de Huarte carece del texto de éste, por lo que nada demuestra. De mucha más monta es la observación de Avall-Arce sobre el incidente de Antonio con un hidalgo de su pueblo; observado esto ya por otros estudiosos, a este profesor argentino cabe el mérito de haberle sacado jugo; no es, pues, un episodio autobiográfico, como tanto se ha insistido (9).

Para la influencia de los preceptistas, es recomendable ver el estudio de Edward C. Riley sobre *Teoría de la novela en Cervantes* (Madrid, 1966). Aunque en el terreno de las fuentes es éste sin duda el más resbaladizo, Riley impugna la influencia de Cascales y no se decide sobre la de Tasso o la de Pinciano. Las dificultades que apunta sobre este aspecto son dignas de tenerse en cuenta, ya que Cervantes —nos dice— no hace referencia alguna a ninguna autoridad, faltan pasajes en su obra que sean transposición fiel de algún libro, y los principales dogmas literarios eran del dominio común. Creo que estas opiniones, y muchas otras esparcidas en su libro, contestan el único trabajo hecho seriamente sobre este ángulo del *Persiles*, como es el de Atkinson sobre la influencia directa del Pinciano (10). Este investigador inglés trata de demostrar que esta novela cervantina parte del discurso del canónigo del *Quijote* en el que expone las muchas posibilidades latentes en la novela de caballerías (I, 47). Por cierto que no se ha analizado seriamente la posibilidad de que este

(9) J. B. Avall-Arce, *Deslindes cervantinos* (Madrid, 1961), pág. 84. Agregó aquí una afirmación del ya citado Tarkianen que considero digna de tenerse en cuenta: "En outre, on pourrait y ajouter certains détails, quelques traits tirés de Pline, de la Bible, du Cathéchisme, de la *Jerusalem liberata* et des romans utopiques, tels que celui de Thomas Morus, etc."

(10) W. C. Atkinson, "The Enigma of the *Persiles*", *BSS XXIV* (1947), 242-53.

discurso sea resumen, y no esbozo, del *Persiles*). Si en *La Galatea* Cervantes tenía modelo, pero no preceptos, y en el *Quijote* preceptos, pero no modelo, en el *Persiles* tiene ambos: Heliodoro como modelo y el Pinciano como preceptista. De éste aprendió que la poesía no dependía del verso sino de su concepción; que la épica podía presentarse en prosa; que la épica no tenía que basarse en la historia; que la poesía no es reproducción sino imitación, por lo que es más importante lo verosímil que lo realista; que la fábula es lo esencial de la creación poética; que la poesía debe deleitar y enseñar; que la función de la épica es purgativa; que las amplias dimensiones de la épica permiten una interpretación más liberal de lo verosímil que lo hace la tragedia; que la épica, en fin, puede poseer un sentido alegórico y sagrado. Pero es bien conocido que estas ideas se encuentran en otros autores italianos y españoles, que tienen el mismo derecho a ser considerados como fuentes; sobre todo, en Tasso. Como he dicho, el libro de Riley contesta ampliamente esta problemática. Y es significativo que este autor concluya diciendo que "no hay forma de saber si Cervantes leyó primero a Tasso o al Pinciano" (pág. 32).

No termina aquí la insuficiencia existente sobre las fuentes, los modelos o las reminiscencias del *Persiles*. Si sobre el libro de Reinoso hizo Palomo un trabajo, no se han hecho otros parecidos sobre *La selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras y *El peregrino en su patria* de Lope, donde las posibilidades existen, especialmente en este último, que para mí explica cosas importantes del *Persiles* II. Estos libros, con el de Reinoso, necesitan con urgencia situarse en cadena; con ello tendríamos el primer paso hacia la tan deseada historia de la novela bizantina en España. Y no habría que limitarse a esos autores, pues muchos elementos bizantinos asoman en nuestra novela pastoril, que Cervantes cultivó, amó y conocía bien; aparecen, por ejemplo, en las *Dianas* de Montemayor, Alonso Pérez y Gil Polo; el propio Cervantes presenta influencia heliodoriana en su *Galatea* (11).

(11) Se hallará un esbozo de todo ello en las notas de Gabriel Albinio Martín, "Heliodoro y la novela española (apuntes para una tesis)", *Cuadernos de literatura* VIII (1950), 215-34, así como en el prólogo de F. López Estrada a su edición (Madrid, Real Academia Española, 1954) de la

En cuanto a la de Cintio (*Hecatommithi*, VI, 6) sobre la historia de Ortel Banedre hay que decir que es indudable. Ahora bien, tanto Schevill y Bonilla por una parte como Américo Castro por otra (12), dan a entender abiertamente que nuestro escritor mejora sensiblemente al italiano. Pero esto no ocurre siempre y, en general, creo que puede mantenerse que la de Cintio saldría muy airosa de la comparación, que tampoco se ha hecho. Las vacilaciones de la madre al advertir que el matador de su hijo es quien ella tiene escondido poseen una fuerza dramática inexistente en Cervantes. El monólogo en que el matador pide perdón por su culpa, pero no clemencia, presenta finas matizaciones psicológicas también ausentes de Ortel Banedre, cuya rápida aceptación del perdón poco tiene de noble. Pienso por ello que no puede decirse que Cervantes es “siempre más noble, más profundo y también menos grosero” que los *novellieri*. El aceptar la madre italiana al matador como hijo adoptivo indica la nobleza de ideales del cuentista italiano; si esta decisión es propia de “maravillas de santoral”, como afirma Castro, no lo sería menos la de perdonar al asesino, pues una vez concedido el perdón lo demás es una fácil consecuencia. De todas formas, la madre en Cintio cree que todo ha ocurrido “per secreta disposizione de gli Iddii immortali”, que, en la fuerza del contexto, suena, más que como un tópico, como la última razón de ser de tan inaudito caso.

Por lo demás, la probable reminiscencia de la primera novela de la primera década del mismo autor sobre la historia de Feliciano de la Voz hay que aceptarla con cuidado; sin afirmar el carácter histórico de este episodio —hay demasiados elementos literarios en él para ello—, son muy sospechosos los nombres totalmente históricos que en él aparecen (13).

Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea en la traducción de Fernando de Mena.

(12) Página xxxv del prólogo y 314 de *El pensamiento de Cervantes*, respectivamente.

(13) “Una investigación profunda sobre esta familia nos serviría para ilustrar esta obra de Cervantes y para descifrar el incógnito de los dos amantes Feliciano de la Voz y Rosanio”, dice J. López Navío en “Dos notas cervantinas”, *Anales cervantinos* IX (1961-62), 250. López Navío encontró un documento fechado en Madrid en 16 de febrero de 1608 en

En cuanto a la pervivencia que tuvo el *Persiles* en obras posteriores, se tiene la certeza de que ello es así, pero no hasta qué punto, ni cuáles sean esas obras. Según Amezúa, en la *Historia de las fortunas de Semprilis y Genorodamo*, de Juan Enríquez de Zúñiga, la imitación de Cervantes es "clarísima y patente" y "la semejanza entre ambas obras es indudable". Con todo, la media docena de paralelismos que este autor señala podrían ser tanto semejanzas como coincidencias; este es un estudio, pues, que habría que hacer (14).

¿Influye Cervantes en el *Hipólito y Aminta* de Francisco de Quintana, en *El caballero venturoso* de Valladares de Valdelomar, en *El león prodigioso* de Cosme Gómez de Tejada de los Reyes, etc.? A esta múltiple pregunta se requiere darle una respuesta si deseamos conocer aspectos de la pervivencia de Cervantes que hoy pueden estar ocultos; sería, además, un segundo paso para la historia de la novela bizantina en España.

Por otra parte, es indudable que el *Persiles* es la fuente del *Persiles y Sigismunda* de Rojas Zorrilla y de *The Custom of the Country* de John Fletcher, aunque no sería del todo impertinente exponer en detalle esta verdad, siquiera fuese para ahorrar la lectura de ambas obras. La del primero toma principalmente de Cervantes la historia central de *Persiles* y *Sigismunda* y lo que ocurre en la isla de los bárbaros al comienzo de la novela, aunque es un batiburrillo de toda la obra cervantina. La de Fletcher, además de conservar la onomástica, pide prestadas tres historias del *Persiles*: la del *ius primae noctis*, la de doña Guiomar de Sosa y la de Hipólita la Ferraresa. Ni la pieza española ni la inglesa son buenas; la de Fletcher es, además, de harto mal gusto (15).

Aparte de lo citado hasta ahora, se han hecho por supuesto

donde firman, entre otros, Cervantes y Juan de Pizarro, hijo del Francisco de Pizarro del *Persiles*.

(14) Agustín González de Amezúa, "Un escritor olvidado. El Dr. don Juan Enríquez de Zúñiga", *Homenaje a D. Miguel Artigas* (Santander, 1932), II, 189-218. Más convincente se muestra J. A. van Praag al señalar la influencia de Cervantes en E. Suárez de Mendoza y Figueroa (v. "Eustorgio y Clorilene. Historia moscóvica", *BH* XLI [1939], 236-265).

(15) G. Albinio Martín, en su artículo citado, afirma que el *Persiles* fue también escenificado por Solís; desconozco la obra a que se refiere.

otras calas en esta novela. En el campo de la pura investigación, sólo puede nombrarse un trabajo, sin embargo: el de Francisco Giner sobre "Cervantes y los moriscos valencianos" (16). Para este autor, el novelista oiría en Cullera en 1580 los relatos de las razzias berberiscas que allí acaecieron en 1503, 1532 y 1550, ésta muy sonada. Giner, que cree que estas razzias fueron la inspiración de Cervantes para la suya del *Persiles*, concluye que el más ligero y superficial de los análisis descubre que "el lugar de moriscos" es el actual despoblado de Xara, donde quedó en tierra un tal Marcellí, que para Giner pudiera ser el jadraque de Cervantes. La "muy buena torre" es, incontrovertiblemente, la de la iglesia de Cullera, pues ninguna de las parroquias moriscas del valle de Alfandec contaba con tal. El número de los "diez y seis bajeles" coincide exactamente con la expedición sobre Cullera en 1503. Giner termina su trabajo preguntándose: "¿Pudiera, no obstante, Cervantes haber hecho alusión a casos semejantes acaecidos en otros lugares de este reino? A dicho efecto he repasado la relación que de otros hechos similares hubiera en Villajoyosa, Vinaroz, Guardamar, Peñíscola, Gilet, Benisa, etc. Ninguno de ellos se presta a la más mínima coincidencia".

El resto de los trabajos sobre Cervantes son de tipo ensayo. Muy comprehensivo es el de Paolo Savj-López incluido en su *Cervantes* (trad. española de Solalinde [Madrid, 1917], páginas 212-60), donde, sin puntualizar casi nunca, pasa revista a bastantes problemas de la novela, anotando aquí y allá algunas observaciones aprovechables. De entre sus afirmaciones más discutibles entresacamos la referente a la carencia de unidad de la novela, problema que está aún por estudiar; si las dos partes son tan diferentes, ¿qué es lo que las agrupa en un todo? Su afirmación sobre ser Clodio "el primer carácter verdadero que se encuentra

(16) Separata de los *Anales del Centro de Cultura Valenciana* (Valencia, 1962), 23 páginas. El de Enriqueta Terzano sobre la significación de la palabra "trabajos" del título (= penalidades) contiene un aparato erudito que le viene muy ancho a problema tan menudo, sobremanera teniendo en cuenta que el error que se impugna (trabajos = peregrinaciones) es a todas luces un desliz de Bonilla en el referido prólogo, pues antes Schevill había interpretado bien esta palabra como *hardships* (*MPh* IV [1906], 17). Véase "Los trabajos de Persiles", *RFH* VII (1945), 51-7.

en la novela” me parece justa; tampoco se ha estudiado con hon-
dura la tipología humana del *Persiles*; la figura de este Clodio
es de las más ricas: todo un contrapunto. Savj-López observa
algo también interesante, y es el acentuamiento de lo humorístico
en los dos últimos libros; diré aquí que en absoluto se ha hecho
un mediano intento de poner de relieve ésta y otras muchas dife-
rencias entre las dos partes (17).

Tres trabajos que pueden agruparse por razones de método
son los de Emilio Carilla, André Lubac y Walter Boehlich; cada
uno tiene algo que ofrecer, aunque muy poco el del segundo (18).
Según Carilla, Cervantes nos da en su novela “cuadros realiza-
dos sobre bien conocidos elementos retóricos de la época renacen-
tista”, aunque a veces se eleva sobre el lugar común (descrip-
ción del mar helado y las tormentas). A estos dos modos de ver
el paisaje, Cervantes agrega otro: la naturaleza vista con pro-
fusión y abigarramiento barrocos (II, 275); y dentro de este
modo, existen cuadros más amplios, donde se conjugan figuras
humanas, atavíos y sonidos (III, 80). Carilla concluye que el
vehículo por donde a Cervantes llega esta última técnica es Gón-
gora. Por mi parte, no me atrevería a especificar tanto, pues
también ese autor podría ser Lope; de lo que no me cabe duda es
de que esta complejidad paisajística a que se refiere Carilla apare-
ce en nuestra literatura después de 1600 y que la cada vez más
ataviada visión cervantina nos está indicando una labor de años;

(17) En conjunción con este trabajo de Savj-López puede citarse el de
Luisa Banal, *L'ultimo romanzo di Miguel de Cervantes* (Firenze, 1923),
53 páginas. Más que nada, esta escritora enhebra unos cuantos comentarios
sobre los personajes más destacados de la novela. También de aquellos años
es el trabajo de Arturo Farinelli sobre “El último sueño romántico de
Cervantes”, *BRAH* IX (1922), 149-62, incorporado luego a sus *Ensayos
y discursos de crítica literaria hispano-europea* (Roma, 1925), I, 109-37;
a pesar del respeto que me merecen sus trabajos, la joven crítica no acepta
hoy esta retórica sin substancia; por lo demás, ni el *Persiles* es un sueño,
ni desde luego el último.

(18) Cito títulos por el orden en que los he nombrado: “Naturaleza
y retórica en el *Persiles* (capítulo de un libro inédito sobre el *Persiles*)”,
Universidad Pontificia Bolivariana XIX (1954), 209-15; “La France et les
français dans le “*Persiles*”, *Anales Cervantinos I* (1951), 111-30; “Helio-
dorus Christianus. Cervantes und der byzantinische Roman”, *Freundesgabe
für Ernst Robert Curtius*, págs. 103-24.

los años que transcurren entre unas y otras partes del *Persiles*. Por lo demás, Carilla ha asentado la base para un estudio más amplio sobre este punto, ya que esa tripartita división es en todo válida.

El artículo de Lubac sobre Francia en este libro contiene la novedad de llamar la atención sobre la figura del duque de Nemours, que podría no ser ficticio, pues efectivamente hubo un Nemours que hizo caso ajeno al rey al elegir esposa, como se dice del de Cervantes. Pero éste es un problema insoluble, pues ni Lubac presenta más pruebas, ni en el libro se hallan, ni el marcado carácter literaturesco de este personaje se presta a suposiciones históricas; lo lógico es pensar que Cervantes eligiera un nombre cualquiera de la nobleza francesa sin preocuparse de más. Tampoco convence su afirmación de que la cueva de Soldino recuerda las que se encuentran en las *causses* del Languedoc y la Provenza, pues éste es motivo de aluvión literario. De más provecho es su juicio siguiente: “On a même l'impression que, lorsqu'il a écrit son roman, il a hésité avant de faire passer ses voyageurs par la France”. Sin embargo, no es que se tenga la impresión simplemente, sino que hay textos para apoyarla con rotundidad; y no sólo de Francia, sino en general de toda la ruta de sus peregrinos. Como demostraré en otro sitio, éste es uno de los aspectos más notorios del *Persiles* para sostener su falta de planeamiento.

En lo que toca al de Boehlich, digamos que su principal defecto consiste en teorizar sobre el *Persiles* partiendo de afirmaciones erróneas establecidas por la crítica; tal es la de dar la fecha del comienzo de redacción de la novela en 1609 basándose en la expulsión de los moriscos y la aparición de los *Comentarios Reales*, aunque sobre esto último se contradice luego, pues afirma sobre el *ius primae noctis* que Cervantes lo tomó de Garcilaso “und anderen Quellen”. Otra afirmación establecida por la crítica es la de afirmar la influencia directa del Pinciano; ya vimos que sobre este punto no se puede dogmatizar. Lo más aparente de este trabajo, sin embargo, es su falta de información, pues ni maneja el importante artículo de Vilanova (del que luego daremos noticia), ni menciona a Singleton al hablar de la fecha de la novela, ni a Palomo al referirse a la influencia de Reinoso, sino que

cita las muy incompletas razones de Schevill y Bonilla. Por otra parte, la crítica que hace del libro de Casaldüero (del que también hablaremos después), aunque no totalmente errónea, es muy dura de tono (19), sobre todo teniendo en cuenta que lo sigue en mucho al hablar del simbolismo de la novela. No se piense, a juzgar por lo dicho, que este trabajo no es aprovechable; sólo hemos deseado poner de relieve la ligereza con que se escribe del *Persiles*. Boehlich destaca bien al Cervantes humanista, como en este su libro demuestra al tratar de sobrepasar la novela griega, así como la negligencia en que hoy duerme este libro, que tanto elogiaron Wilhelm y Schlegel, que tradujo D. Tieck y analizó L. Tieck. Respecto a la unidad de la novela, podrían aprovecharse afirmaciones como la que hace sobre el Norte y Sur, que no son blanco y negro; ni en el Norte viven sólo bárbaros, sino también europeos, ni en el Sur hay sólo creyentes, sino también moros y judíos. Muchos de sus juicios sobre el sentido religioso de la novela, aunque a veces exagerados, son válidos, así como los concernientes a la verosimilitud de ella; sobre esto último, Boehlich afirma que los supuestos elementos irrealistas y los supuestos elementos realistas de la obra deben entenderse desde el mismo punto de vista: bien desde la falsedad artística o desde la falsedad interna.

Aparte de estos trabajos, están los que desencadenó el centenario de Cervantes en el año 47, de entre los cuales sólo se puede destacar el de Rafael Lapesa sobre las conexiones entre *La española inglesa* y el *Persiles* (20). Lapesa, que fecha la novelita

(19) "Das Buch von J. Casaldüero ist trotz einzelner feinsinniger Beobachtungen völlig unbrauchbar; es ist konfus und presst den Sinn unerlaubt. Die fixe Idee vom Barockmenschen und seiner eigentümlichen Wesenart stört das historische und kritische Verständniss empfindlich" (pág. 105).

(20) "En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*", *Homenaje a Cervantes* (s. I, Mediterráneo, 1950), 494-515. Los trabajos a los que aludo son los aparecidos en el *Homenaje a Cervantes* de los *Cuadernos de Insula*; uno de Jean Babelon sobre "Cervantes y lo maravilloso nórdico", I, 117-30, donde se limita a poner en fila los pasajes relacionados con el septentrión; otro de Matilde Pomès sobre "Interés del *Persiles*", I, 131-39, que lo tiene a su vez escaso. Ricardo del Arco publicó unas páginas a vuelapluma sobre "Estética cervantina en el *Persiles*" en la *Revista de Ideas Estéticas* VI (1948), 167-73. Del mismo carácter es el artículo de M. Baquero Goyanes

entre 1609-11, cree que ésta es anterior al *Persiles*, aunque apunta luego muy significativamente que “las semejanzas interesantes asoman en el III libro y se congregan en el IV”. Los paralelismos que señala este erudito son, entre otros, la fealdad de Isabela y Auristela, ante la que Ricaredo y Periandro reaccionan como verdaderos amantes; el viaje de Ricaredo a Roma para perfeccionar su fe, lo que es similar al de Periandro; y la decisión de Isabela de entrar en un convento, que es reflejo de la de Auristela. Trabajos como éste se están necesitando respecto, por lo menos, a otras dos obras de Cervantes: *La Galatea* y *El amante liberal*; los elementos bizantinos del resto de su obra también deberían agruparse; esto sin contar el estudio más importante de todos: el careo del *Persiles* y el *Quijote*.

Tres buenas publicaciones sobre la novela de Cervantes son también las de Casaldüero, Vilanova y Añalle-Arce, que he preferido dejar en último lugar (21).

El libro de Casaldüero es una continua revelación y una decepción continua, pues junto a juicios certerísimos se alinean otros inadmisibles. Casaldüero pone en claro el sentido contrarre-

“Sobre el realismo del *Persiles*”, *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* XXIII (1947), 212-18. Nada nuevo nos dice tampoco Félix González Olmedo en la parte que dedica al *Persiles* de su libro *El Amadís y el Quijote* (Madrid, 1947), págs. 177-212, donde emplea veinte páginas en contarnos el argumento. Se puede omitir también el trabajo de Carlos E. Mesa editado por E. Caballero Calderón en *Cervantes en Colombia* (Madrid, 1948), págs. 421-50. De mucho mejor fuste es la larga y muy cuidada nota del malogrado Manuel García Blanco sobre la parte preponderante que el *Persiles* pudo jugar en la difusión de la idea de Noruega como país glacial y oscuro (véase su “Cervantes y el *Persiles*: un aspecto de la difusión de esta novela”, *Homenaje a Cervantes* [s. l., Mediterráneo, 1950], 248-73). En la misma publicación salió el de Emilio Orozco Díaz sobre “Recuerdos y nostalgias en la obra de Cervantes (una introducción al *Persiles* y a la intimidad del alma de su autor)”, 516-42, aunque ya lo había publicado en *Arbor* XXXV (1948), 207-36, sin merecer esta difusión.

(21) De Casaldüero, su *Sentido y forma de “Los trabajos de Persiles y Sigismunda”* (Buenos Aires, 1947); de Vilanova, “El peregrino andante en el *Persiles* de Cervantes”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* XXII (1949), 97-159; y de Añalle-Arce, sus citados *Deslindes cervantinos*, págs. 15-80 y 81-96.

formista de la novela y la ideología del Barroco en ella presente, pero es cierto que no todo tiene el sentido simbólico o religioso que ve en ello, ni las ideas barrocas explican la totalidad del libro. La idea que se extrae del suyo es que Cervantes es un filósofo y un moralista, ante todo, y luego un novelista que trata de ejemplificar sus ideas; esto es muy unilateral, como también lo es el no prestar atención a las necesidades meramente novelescas de Cervantes y explicarlo todo por necesidades ideológicas. En cuanto a la forma del *Persiles*, Casaldueiro acierta muchas veces, pero otras deforma los hechos, como al creer que las cuatro historias europeas de la primera parte corresponden a los cuatro países europeos de la segunda. No es así; son cinco las historias de la primera parte, pues no hay razón alguna para dejar atrás la de Transila; esa estructura hay que explicarla de otra manera y no *more geometrico*. El libro de Casaldueiro, del que aquí no se puede hacer ni una exposición ni una crítica detalladas, es en resumen una muy sagaz y aguda explicación de la novela de Cervantes, pero el lector debe andar atento a la hora de aceptar sus puntos de vista.

El trabajo de Vilanova, ampliamente ignorado, es fundamental, sobre todo como póstumo al estudio por hacer sobre la novela bizantina. A pesar de algunas confusiones en que inmerge a su lector, nada se ha hecho mejor que lo suyo. Como no es fácil compendiar aquí todo lo nuevo que Vilanova aporta, me limito a recoger algunas conclusiones a que este autor llega. Para él, en la novela del Siglo de Oro existe un personaje claramente diferenciado del caballero andante, del pícaro y del pastor, que es el del peregrino; en esta figura, la Contrarreforma simboliza el carácter más universal y permanente del hombre: su transitoriedad; el peregrino será por ello el ideal del hombre barroco, como el caballero andante y el cortesano lo habían sido de la Edad Media y el Renacimiento; de ambas figuras extrae el peregrino sus virtudes cristianas y sus ideales platónicos: en realidad, es el caballero andante reducido a su verdadera dimensión humana. De entre la literatura de peregrinaje, es el *Persiles* la máxima creación, en el que se funden la búsqueda de la experiencia y el gusto por la aventura. La clave de esta obra la constituye la idea de la peregrinación amorosa y la alegoría de la peregrinación hu-

mana. Estas conclusiones, y otras que aquí no expongo, las extrae Vilanova después de hacer un recorrido histórico que incluye, entre otros hitos, los de *Il Filocolo* de Boccaccio, *Il Peregrino* de Iacopo Caviceo, las novelas de Reinoso, Contreras y Lope, sin dejar de remontarse a Virgilio y Heliodoro y echar mano a la preceptiva del Renacimiento sobre la novela bizantina. Hoy por hoy, éste es el estudio que mejor sirve de introducción al *Persiles*.

Por lo que toca a Avalue-Arce, su primer trabajo sobre “Conocimiento y vida en Cervantes” trata de interpretar la obra desde la perspectiva ideológica, que encuentra en dos ideas predominantes existentes en la novela: la religión y la muerte; el denominador común de ambas es su universalidad. Esta intención universalizadora explica, por otro lado, el acartonamiento de los personajes, así como incluso la decisión cervantina de elegir un género que había tramontado su cénit, pues en él predomina la peripecia, que “siendo abstracción del actuar humano, está libre de las rémoras de lo temporal y particular, y, por lo tanto, es susceptible de ser elevado al rango de paradigma universal de un tipo de vivir abstracto”, aunque encuentro esta explicación demasiado complicada para ser justa. En sus páginas sobre “Tres vidas del *Persiles* (La verdad absoluta)”, del mismo libro, Avalue-Arce estudia las historias de Antonio, Rutilio y Sousa, a través de las cuales Cervantes nos ofrece el concepto que un español del xvi tenía de sus respectivas nacionalidades. Como estas tres vidas brotan de gérmenes reales y de un mundo físico concreto, al aparecérsenos en la mítica isla bárbara, Cervantes crea un indisoluble nudo entre Mito e Historia. Menos intenso éste que su anterior ensayo, está avalado, sin embargo, por la confrontación que hace del pasaje de Huarte con el de la historia de Antonio. Añadiré que su interpretación sobre los resúmenes que de su novela hace Cervantes alguna vez, tampoco es convincente; éste es otro de los puntos oscuros del *Persiles* sobre los que hay que meditar.

A las lagunas que he venido señalando a lo largo de estas páginas, se deben agregar ahora otras. La de la edición, por ejemplo. Es cierto que la de Schevill y Bonilla es muy aceptable, pero hoy, cincuenta años más tarde, deben incorporarse adquisiciones

recientes. Por citar unos ejemplos, diré que el Manuel Sousa Coutinho de la historia intercalada fue un hidalgo portugués que compartió con Cervantes el cautiverio argelino; el soneto contra Roma a que se refiere Cervantes ha sido hallado (22). Ello sin citar algunas de las aportaciones posteriores de que he dado noticia atrás. Por otro lado, las menciones al obispo de Braga y a las guerras de Alemania de Carlos V necesitan notas; la primera, también investigarse. Sobre ese Juan Herrera de Gamboa, autor de una "fábula de Céfalo y de Pocris", habría que preocuparse de inquirir algo, pues quizá alguna nueva publicación bibliográfica recoja su nombre. Las referencias de Cervantes a topografía portuguesa, española e italiana deberían también anotarse en relación con sus andanzas; asimismo, la discutible voz *jdraque* y las arábicas *rospeni*, *manahora* y *denimaniyoc*; lo mismo se diga de lo de caballero de Christus aplicado a Sousa y de la toponimia que aparece en la descripción de Lisboa. La futura edición, en fin, debería eliminar las notas sobre evidentes erratas del texto primitivo, o designarlas de otra forma, y emplear mejor sentido en la transcripción (23).

Como hemos venido viendo, son muchos los aspectos que aún están vírgenes en el *Persiles*. Entre los más urgentes se halla el de su significación dentro del género a que pertenece; si su entronque con Virgilio y Heliodoro está estudiado, no lo está el que posee con obras españolas anteriores ni con las otras donde aparece ocasionalmente un acusado bizantinismo. También queda por estudiar su influencia en la novelística y el teatro posteriores. Un análisis cuidadoso de las fuentes podría rendir conclusiones muy provechosas para conocer los modos de trabajar cervantinos, así como para profundizar en su cultura. Por otra parte, la comparación con el resto de su obra es tarea que se impone. Falta asimismo estudiar la estructura de la novela, no en lo que

(22) En relación con el *Persiles* no se ha estudiado todavía la nueva documentación que saca a luz Astrana Marín en su *Vida*, de la que extraigo estos ejemplos. Véanse los siguientes tomos y páginas: I, 466-7; II, 575-83; III, 189; V, 11; VI, 65-108, 505-21; VII, 416-55.

(23) A un aficionado, Pedro Novo y Fernández Chicarro, se debe un *Bosquejo para una edición crítica de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda"* (Madrid, 1928).

ésta refleje del espíritu del Barroco, sino desde ángulos puramente novelísticos; y, como consecuencia, habría que analizar su unidad. El juego existente entre fantasía e historia —representada ésta, ante todo, por los elementos autobiográficos y los personajes reales—, la cronología interna de la obra, la integración de elementos caballescicos y pastoriles, las fechas de su redacción y una revisión histórica de la crítica sobre ella, son otros tantos problemas dignos de considerarse. Entre lo más provechoso se encuentra el de mirar la novela como una obra escindida en dos partes; escrutar las muchas diferencias existentes entre ambas, no ya desde el punto de vista de su diferente fecha de composición, es algo que aguarda las reflexiones de los cervantistas. El dato aclarador podría también ofrecerlo la revisión de los prólogos y anotaciones de las diversas traducciones que el *Persiles* tuvo, labor ésta casi intacta. Y, como acabamos de decir, no sería impertinente una nueva edición de la novela (24).

RAFAEL OSUNA.

(24) Para completar el lado bibliográfico de mi trabajo, doy aquí algunas otras referencias. Los artículos de Azorín en *Al margen de los clásicos* (Madrid, 1915), antes publicados en *ABC*, muestran el fino lector que era. El de Alberto Sánchez ("El *Persiles* como repertorio de moralidades", *Anales Cervantinos* IV [1954], 199-223) contiene avisos aprovechables sobre el amor y los celos, la esperanza como virtud cordial, la sátira, la autoparodia y los epifonemas. Pésimo en todos los sentidos es el de Aurelio Baig Baños, titulado "Sobre el *Persiles* y *Sigismunda*", *Revista Castellana* V (1919); 61-4, 138-42, 188-9; baste decir que afirma haber leído la novela "a la ligera". De ninguna originalidad es el de Juan J. Remos en sus *Ensayos literarios* (Madrid, 1957), publicado antes con el escueto título de "Persiles" en *Anales Cervantinos* V (1955-56), 159-82. Me ha sido imposible ver el de Luis Morales Olivér sobre "Algunas observaciones sobre la elaboración del *Persiles* y *Sigismunda*", *Filosofía y Letras* XIX (Madrid, 1918), 8-12. No he podido, por supuesto, referirme a todos aquellos libros donde algo se dice del *Persiles*; mención especial, sin embargo, merece el de Luis Rosales sobre *Cervantes y la libertad*.